

Consideraciones actuales

por EUGENIO GONZALEZ R.

Es propio de toda época poseer un sistema peculiar de valoraciones en el cual encuentran ubicación jerárquica las distintas actividades humanas y al que deben ajustarse los ideales de la juventud. Buscar el ritmo de una etapa histórica y la orientación de sus fuerzas constructivas es pues, la tarea previa de cualquier minoría directora que pretenda influir eficazmente en el desarrollo colectivo.

Hoy es fácil constatar una confusa dispersión de propósitos. El mundo de la vieja cultura europea, fundada sobre bases espirituales que ya carecen de validez, se deja penetrar por influencias nuevas, de sentido muy diverso al que tenían las ordenaciones antiguas. Poderosas energías vitales se malogran en un cúmulo de tentativas divergentes. Rotas, en la gran crisis bélica, las últimas compuertas de la tradición, el torrente se ha precipitado, arrollando a su paso

hombres, instituciones, normas, ideales, cultura.

Lo que antes — en el arte, en la vida — se realizaba con espontaneidad, como obedeciendo a un instinto seguro, vigilante siempre en las profundidades del alma histórica, ahora es un problema que provoca perplejidades dolorosas.

La vida no se desenvuelve en una dirección neta, sino que se desparra en busca de cauce, transformada en una violenta y trágica inquietud sin objetivo. Las generaciones anteriores a la Revolución Francesa se movían dentro de un orden cultural prefijado, que se imponía naturalmente, como algo inherente a la existencia misma. El arte, la política, la sociabilidad tenían sus normas a través de las cuales se exteriorizaba el espíritu creador de la cultura.

Basta, en cambio, observar el panorama de las letras, las artes y las ideas de los últimos tiem-

pos para advertir la pobreza de su contenido y la ausencia de esa espontaneidad profunda que caracterizó la producción intelectual y artística de los siglos XVI, XVII y XVIII. Hay, sin duda, inquietud y curiosidad, deseo de innovar, intentos de originalidad; pero en ninguna parte aparecen esas obras maestras en las cuales se refleja, sin visible propósito del autor, el drama humano. Obras que hacen vibrar la sensibilidad con una emoción religiosa, como ante una intensidad cósmica: Shakespeare, Vinci, Cervantes, Mozart, Kant,...

¿Es esto decadencia como lo afirma Spengler o el alborar tímido y revuelto de una nueva vitalidad como lo insinúa Keyserling? Precisemos un poco el concepto de decadencia. Biológicamente hablando—y en el caso de Spengler se trata de una interpretación biológica de la histo-

ria —, decadencia es el debilitamiento de las energías creadoras del ser. Un organismo que ha llegado a la plena madurez vital se estagna, se anquilosa, deja de producir en sí mismo formas nuevas, y luego, poco a poco, se va disgregando: se rompe su armonía interna y la escasa vitalidad que en él perdura llega a convertirse en una carga, en un problema.

Algo parecido es lo que se advierte en el desarrollo de la cultura occidental.

Durante los siglos clásicos de la monarquía, la sociedad se desenvolvió orgánicamente, en medio de jerarquías y tradiciones que todos aceptaban como necesarias y buenas. La alta política noble alcanzó manifestaciones que revelan el tacto de un genio maduro, de un espíritu que ha llegado a la plenitud de sus posibilidades. A su vez, las artes produjeron las obras más acabadas, obras culminantes que las edades posteriores han estudiado como modelos de auténtica belleza en los que se une la perfección técnica al fervor estético.

Al sobrevenir la Revolución Francesa, no fué únicamente — como algunos piensan — la forma del Estado lo que se modificó, sino, más que eso, la estructura espiritual de la sociedad. Mejor dicho, la sociedad deja de tener estructura. Un conjunto de elementos heterogéneos, rebeldes a las disciplinas tradicionales, irrumpen en el campo social y pasa a ocupar el primer plano. La política perdió su continuidad orgánica: al desaparecer los sostenes morales de la autoridad y las jerarquías fundadas en la sangre, entran en disputa los intereses, las pasiones y las ideologías de los núcleos burgueses. Los poderes económicos, anárquicos e irresponsables, rompen la unidad del Estado y establecen una especie de feudalismo nuevo, cuya fuerza es el dinero.

Los síntomas de que el andamiaje moral de Occidente se había derrumbado se manifestaron claramente en el terreno del espíritu. A través de todo el siglo XIX lo característico de la producción intelectual y de los sentimientos dominantes fué una apasionada tendencia a fines lejanos, una falta de armonía entre el anhelo y la realidad. El romanticismo señaló el comienzo de una época pléutica de problemas inquietantes que se refugiaba en la imaginación, y el naturalismo de las escuelas posteriores no fué otra cosa que un dolorido hurgar en las entrañas de una verdad histórica que era desmenuzada para levantar, aún más, a veces inconscientemente, los valores del ideal. No olvidemos que Zola, escribiendo la novela documental, pensaba en la ciudad futura del trabajo y la justicia.

El imperio de la máquina y de la economía ha acelerado el descenso del sentimiento religioso de la vida, abriendo paso, en su lugar, a fórmulas positivas cuyas aplicaciones prácticas han conducido a un auge excesivo del utilitarismo. El hombre de nuestros días vive sujeto a las exigencias del minuto transitorio. Su horizonte espiritual es mezquino. No siente la atracción de las vastas perspectivas cósmicas. El análisis científico de los fenómenos del mundo circundante le ha dado la ingenua ilusión de que podrá llegar, mediante él, a señorear el misterio. Y, satisfecho de sí mismo, deslumbrado por los esplendores de la técnica y del confort, rejuvenecido por el dinamismo deportivo del siglo, cree llegado el momento de prescindir de toda fe que no sea la fe en las virtualidades de su propia voluntad.

Los idealismos éticos, las utopías sociales, las preocupaciones religiosas, son arrasados por una marea de creciente materialismo. Vivimos una hora en que la economía alcanza éxitos sorprendentes y, queramos o no, debemos actuar en un mundo dominado por los poderes del dinero. El dinero ha conseguido independizarse, en cierto modo, de la voluntad humana. Está fuera y sobre ella, como un dios. Desconocer estas realidades contemporáneas y empeñarse puerilmente en dar a la vida una estructura y una dirección que no corresponden a las necesidades de la actualidad, es tarea irremediamente estéril. Es imposible sustraerse al signo de los hechos.

Las personalidades directoras del presente son aquellas que logran controlar grandes intereses.

El espíritu está al servicio de las combinaciones internacionales del dinero. Así, junto a una evidente decadencia de los valores de más alto rango cultural — el arte, la religiosidad, el pensamiento especulativo — encontramos signos de fuertes recursos intelectuales en otros órdenes de la actividad: el progreso del industrialismo capitalista, la estrategia de las altas finanzas, la política mundial de los mercados, etc. Y, ¿quién podría afirmar que no hay, por lo menos, tanto genio creador en la elaboración de un vasto plan financiero o imperialista como en alguna de las concepciones artísticas del Renacimiento? Cada época tiene sus tendencias. Y sus preferencias por determinadas formas de voluntad de vivir.

Podríamos, pues, hablar de decadencia en cuanto se refiere a la estructura orgánica de la cultura occidental, porque es indiscutible que nuestra época, comparada con los siglos clásicos, carece de unidad interna, es contradictoria y problemática; pero en lo que respecta a su vitalidad misma, a la fuerza de espíritu creador con-

Omer Emeth y I

Hace cosa de un cuarto de siglo, el público chileno se sorprendió de ver una firma literaria nueva, que estampaba sus asertos bajo una segura advocación he-

densada en obras, no podría hablarse de decadencia, sino de una distinta orientación del esfuerzo de una nueva jerarquía de valoraciones.

Poco a poco, el mundo que nace irá precisando los lineamientos de su estilo y el ritmo de su marcha histórica. Es útil, sin embargo, aproximarse a una comprensión cabal de la realidad contemporánea. Sea ella lo que sea — tenga razón Spengler o la tenga Keyserling — lo evidente es que nuestra época posee un sentido distinto al de las anteriores y que se nos impone. El hombre representativo de hoy es el hombre de acción, de espíritu realista, de voluntad alerta y combativa, no el intelectual plañidero que, recostado a la sombra de los mitos antiguos, compone románticas diatribas contra el sucederse de hechos que no comprende.

Algunos creen, de buena fe, que se puede desviar el torrente de los acontecimientos y dar a la historia la fisonomía que le plazca a la voluntad. O bien, obra como si así lo creyese. Oigamos lo que dice a este respecto Max Scheler: "Las ideas que no tienen tras de sí intereses y pasiones — esto es, fuerzas procedentes de la esfera vital e impulsiva del hombre — suelen ponerse en ridículo inevitablemente en la historia. Debemos hacernos una idea mucho más modesta de la significación del espíritu y la voluntad en el curso de los acontecimientos históricos. Una lucha directa de la voluntad pura contra las potencias impulsivas es un imposible; intentar esta lucha no es más que excitar a las potencias impulsivas a seguir su propia y exclusiva dirección".

Y las potencias impulsivas del hombre actual lo llevan a la acción práctica, no a la especulación idealista. Combatir como mala o mezquina esta imperiosa tendencia vital, sólo puede tener un resultado: robustecerla. Por lo demás, no hay ni siquiera que intentar destruirla, porque es necesaria. Hay, sí, que sublimarla en una tendencia más amplia, más valiosa: la tendencia a una vida integral, que sea la proyección plena del espíritu en la realidad. Vida que no se circunscriba a la ambición utilitaria, sino que se dispare hacia todas las posibilidades. Vida para la cual los elementos materiales de la técnica y el poderío del dinero sólo sean medios de los que se valga para realizar su más alto destino.